

PRESENTACION

MARIO HERNANDEZ SANCHEZ-BARBA

Director

Quinto Centenario se honra en dedicar su número 6 a la memoria de José Ortega y Gasset, con motivo del primer centenario de su nacimiento. Apenas es necesario argumentar cuáles son los motivos que nos impulsan a ello. Pero deseo señalar tres razones y un sentimiento. Las tres razones pertenecen a la dimensión, tan peculiar de la doctrina orteguiana, desarrollada de modo genial en *Historia como sistema*, de la «razón histórica».

La primera se refiere, precisamente, al magisterio de Ortega como historiador. Renovador, podríamos decir, de la percepción de la realidad histórica. Se ha discutido mucho si puede o no considerársele como historiador. No cabe duda que sus aportaciones para la comprensión del hombre en el tiempo, así como la extensión de lo real en cuanto proceso racional, fueron de tal modo promotoras de una nueva concepción, que muchas de las actuales percepciones de lo humano en el tiempo proceden del magisterio teórico y eidético de Ortega. Una revista como la nuestra, que se esfuerza fundamentalmente en promover nuevos ho-

rizontes conceptuales y metodológicos para la ciencia histórica, encuentra aquí su primera *razón* como justificación de este número.

La segunda se refiere a la condición de universitario, que entiendo caracterizó con profundidad y autenticidad el espíritu de Ortega. Todavía no se han cumplido muchos de los objetivos que, como *misión* de la Universidad, explicaba en sus libros, conferencias y lecciones, pero sobre todo con su ejemplo. Hemos de ver en ese ejemplo la condición básica de la universalidad de saberes que con tanta fuerza, penetración y profundidad explicó, produciendo una renovación en los estrechos límites que, en su época, disponía la Universidad española. Afirmaba: «pensamiento propiamente tal no hay más que uno: el filosófico. Todas las demás formas de la intelección son secundarias...», para puntualizar seguidamente que no entendía el pensamiento como la función de un órgano, «sino la faena exasperada de un ser que se siente perdido en el mundo y aspira a orientarse». Su misión universitaria era, precisamente, «movilizar a mis compatriotas hacia ese señorío de luz...», porque quien quiera «crear algo tiene que acertar a ser aristocrática en la plazuela». He aquí la segunda razón de que esta revista, esencialmente universitaria y que desea serlo cada vez más de la *nueva* Universidad, consagre el presente número a la memoria del maestro universitario y profesor ejemplar.

La tercera razón es el americanismo de Ortega. Un americanismo que lleva profundamente clavada la impronta de la comprensión y del sentido humano. También Ortega «descubrió» América y se entusiasmó con la realidad de su experiencia, pero sin quedarse en el entusiasmo, procedió a crear los elementos de una conciencia hispanoamericanista, de una auténtica filosofía racional y reflexiva, que condujo sus más impresionantes y profundas percepciones de lo real en algunos de los países que conoció más directamente, cual fue el caso de la Argentina. Esta conciencia his-

panoamericanista tuvo en su pensamiento dos fundamentales columnas: la consideración de que ser americano es un modo nuevo de ser español y su rotunda y formidable afirmación de que la historia formó en América «una España mayor, de quien es nuestra península sólo una provincia». Pero no queda aquí —con ser ya de suyo suficientemente importante— la labor americanista de Ortega en América. Se trata también de lo más querido para él: la perpetuación, a través de sus discípulos de su magisterio, de su nuevo y original modo de pensar, de la renovación universitaria que coincidió, casi matemáticamente, con el primer movimiento de reforma universitaria del mundo, iniciado en la Universidad de Córdoba, de la Argentina. Se trata, pues, de algo suficientemente importante para que una revista americanista, como la nuestra, conmemore el primer centenario del nacimiento de Ortega.

Pero hay también, decíamos, un sentimiento que, envolviendo las tres razones apuntadas, nos hace volver a la luminosa raíz esencial de su pensamiento: la evidencia de que la realidad radical no es la cosificación ni muchos menos «el yo», sino precisamente *yo con las cosas* dinámicamente, es decir, viviendo, conociendo, siendo fiel a lo que se ve. De ahí surgió un nuevo modo de ver las cosas y las personas, lo que le permitió acceder a la *comprensión*. Entiendo yo que esto lo hizo Ortega, fundamentalmente, desde la perspectiva del *amor*, en cuanto razón fundamental del ser humano en el mundo. Esta enseñanza es la que, en definitiva, nos afirma en nuestra vocación americanista. Considero que ella es capaz de refrendar cualquier índole de esfuerzo para conseguir una comunidad de ideales, basada en una razón histórica.